

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 82



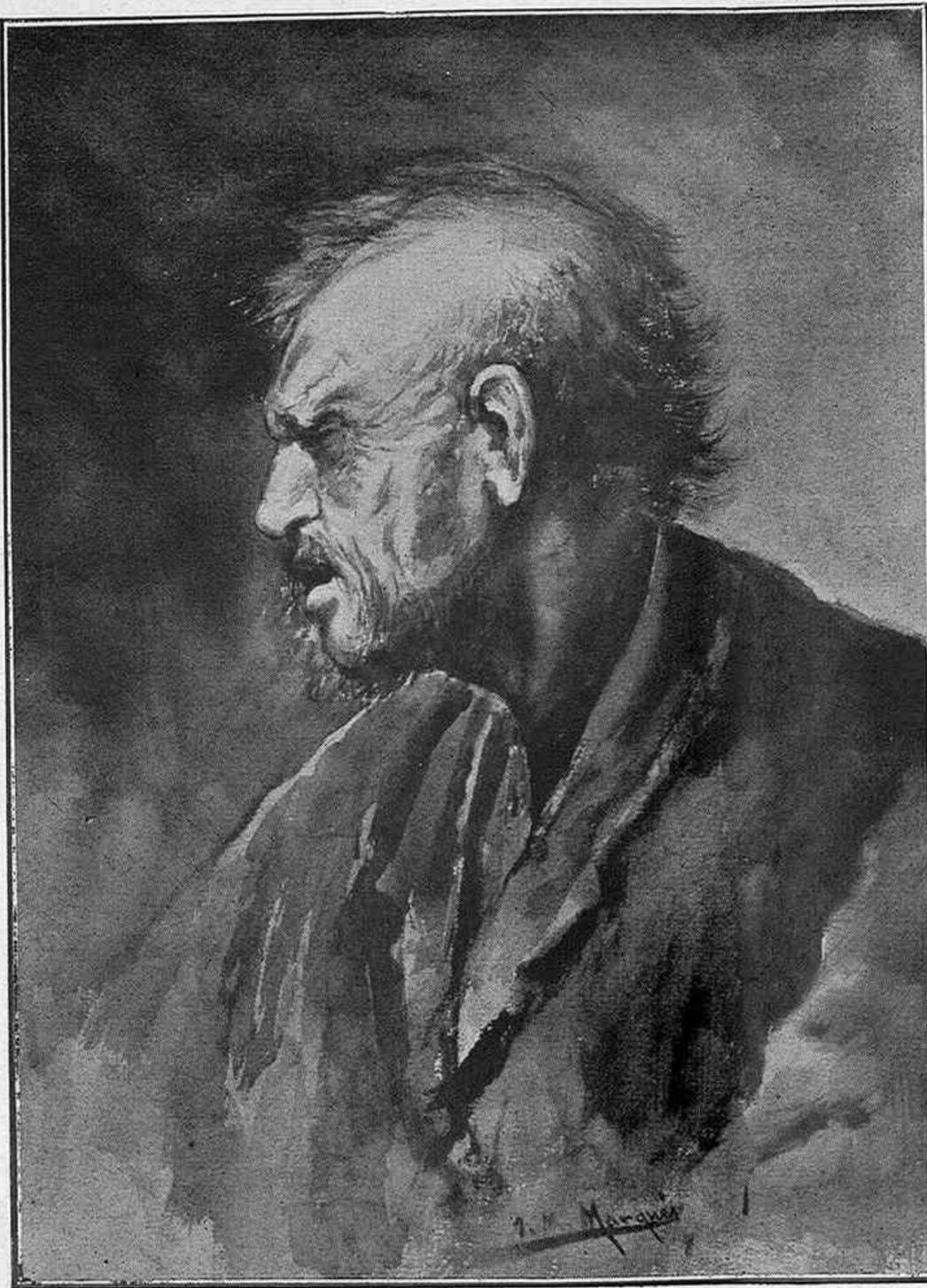
HERÁCLITO DE EFESO

A pesar de hallarse citados, nominalmente, en obras concienzudamente serias, *los siete sabios de Grecia*, vemos, en crónicas, diccionarios y otros libros históricos, aumentar, con algunos nombres más, aquella lista asaz limitada ó demasiado numerosa. Entre los *siete sabios* hay nombres que, al leer sus biografías y comprobarlas con otras de hombres de aquella época, y griegos por añadidura, resultan muy mal parados los agraciados; dando lugar á la creencia de que hubo apasionamientos al calificar á los unos y en la omisión de los otros, ó demasiada prodigalidad en el aumento de nombres, con el título de sabios; en cuyo caso, como todos quedan consignados, la confusión existe; y esta confusión puede dar lugar á presumir falta por nuestra parte. Para evitarla, en lo posible, diremos, al consignar en esta sección su nombre, si figura ó no en la lista de los *siete*, que la tradición y la Historia consignan. De este modo cada cual podrá formar aquel número, según su propio criterio ó el de sus autores favoritos.

Heráclito, entre otros, á pesar de que no figura entre los *sabios* ya citados, autores de gran autoridad em-

pero, le citan y le biografían como á tal, y nosotros damos su retrato y apuntes para, tal vez, evitar omisiones. Hijo de Efeso, resulta, en realidad, una de las figuras griegas más gigantescas de su época. Su carácter y manera de ser en nada se parecía al turbulento y movedido de algunos de los *sabios* aludidos ó que iremos citando; sombrío, melancólico, retraído; á la muerte de su padre declinó á favor de su hermano los derechos de sucesión, en el gobierno de la ciudad; y, retirándose del bullicio y del contacto de los hombres, permaneció durante muchos años en el seno de las montañas, entregado por completo á los estudios filosóficos. En su exagerada modestia, no quiso mostrar á nadie sus trabajos, que depositó en el templo de Diana. De allí fué sacada la obra por el académico Crates, 167 años después del fallecimiento de Heráclito. No consta su título, pero se sabe que contenía todas sus demostraciones filosóficas, escritas en prosa jónica y no en verso, como algunos erróneamente afirman; trata de la Naturaleza y está dividida su parte Física, Política y Moral.

Afirmase por él que, el *ser* y el *no ser* son una misma cosa; pues, si bien el *ser*, no *es*, constantemente *llega á ser*. Del mismo modo que Tales y Diógenes, busca el principio general y fundamento de todo *ser* y de toda existencia, en el orden cósmico; y lo encuentra en el fuego; pero no en el fuego físico, sino en un fluído semejante á lo que desprecia calórica, elemento y principio universal. Y, en lugar de quedarse en el principio de los fenómenos y de las fuerzas particulares de la naturaleza, muestra tendencias de llegar á lo absoluto. Según él, todo pasa, muda y cambia; porque el principio, el fuego, lo divino, se da perpétuamente en ese pasar y mudar, sin poder concebir jamás permanencia en ningún estado; ni en el espíritu, ni en el cuerpo, ni en la ma-



Cuadro de JOSÉ M. MARQUÉS.

teria, ni en la vida, ni en la muerte; ni en el mundo que se extinguirá entre las llamas; purificándose, con el incendio, todo lo que es, para dar comienzo á otro mundo nuevo, á otro nuevo modo de ser, á otra lucha, á otra vida, que el espíritu humano no puede determinar, pero que colige prediciendo.

Las teorías expuestas por Heráclito no son asequibles al conocimiento humano; hoy por hoy deben dejarse, pues, como una aspiración del filósofo, como un deseo del hombre. Precisa que la conciencia se sobreponga á la oposición y particularidad, para buscar lo común y general; sólo entonces podremos alcanzar certeza en el conocimiento.

Nació, Heráclito, el año 540 antes de Jesucristo y murió, hidrópico, el 480; debiéndose á aquella enfermedad su restitución al seno de la sociedad, con la que estaba divorciado.

R. B. GIRÓN



LA CRUZ DE MAYO.





ORO Y OROPEL

TENGO el honor, señores, de presentaros dos hermanos que se llamaban Escolástico y Valentín. Engendrados por un mismo padre en el seno de una misma madre; educados en iguales escuelas, nacidos en la propia localidad; todos los augurios pronosticaron que uno y otro serían parecidos en carácter, y alcanzarían en el mundo idéntica fortuna.

No fué así, sin embargo; Valentín fué próspero tanto cuanto fué Escolástico desgraciado.

Ninguno de los dos fué vicioso. Ninguno de los dos perdió el tiempo en la ociosidad ni en pasióncillas vulgares. Ninguno de los dos renegó de los principios que habían recibido de sus honrados progenitores. La línea que los separó en las diversas sendas que siguió cada cual, fué la distinta manera de considerar esta pícara vida.

Dedicóse desde muy niño Escolástico, que era el mayor, al estudio, mientras que la generalidad de los muchachos se consagra á alborotar las casas, á recorrer bulliciosamente las calles, á entregarse á toda clase de juegos; Escolástico apenas supo leer, se aisló en la meditación.

Su mejor juguete era un libro.

Muchas veces se le buscaba, y encontrábasele, al fin, retirado al último rincón de su hogar, abismado en la lectura.

Sus padres estaban con él contentísimos.

—Será un sabio,—exclamaban llenos de gozo.

Era en cambio Valentín el reverso de tan hermosa medalla. Sin ser perverso, sin demostrar ningún sentimiento extraviado, prefería á la obscuridad la luz, á la soledad las diversiones, al estudio la vida. Siempre se le veía en los sitios más públicos; y entre los muchachos de su edad, se le advertía siempre queriendo ser el jefe de todos. Placíale en extremo, sobre todo, ir en compañía de personas formales. No era en la escuela el primero ni mucho menos; pero en el casino, en las tertulias, en los paseos, en las reuniones donde había jóvenes bonitas, hacía todo lo posible por ser el campeón, el objeto de la admiración y estimación generales. Su carácter abierto y expansivo le conquistaba muchas simpatías. Pero esto era todo. En realidad, era un holgazán, nada sabía de nada. A los ojos de sus padres presentábasele un porvenir incierto.

—Va á ser quizás muy desgraciado,—exclamaban llenos de desconsuelo.

Pues bien; vean ustedes lo que son las cosas de este extraño mundo. Los padres de Escolástico y de Valentín que se entusiasmaban con el primero y se desconsolaban con el segundo, se equivocaban por completo. Aquí el desdichado fué Escolástico y Valentín el afortunado.

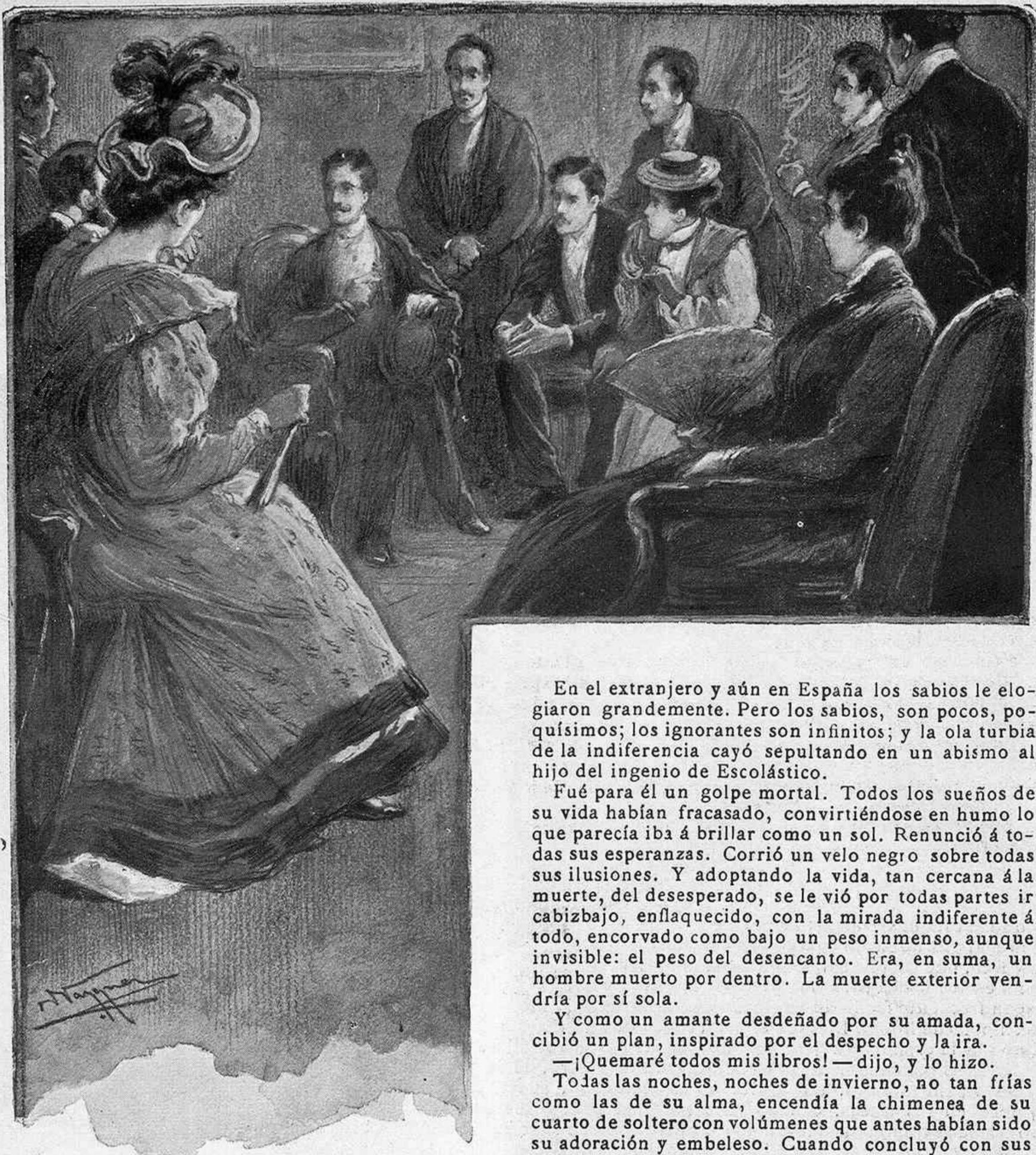
Véase como:

Primeramente, dirigió Escolástico su inteligencia hacia las ciencias filosóficas. En ellas llegó á remontarse á un grado altísimo. Mas deseando dar aplicación práctica á su deber, pues el hombre, aun el más desinteresado, vive principalmente de pan, juzgó que la consecuencia de una Cátedra, al par que le diera renombre le daría provecho.

Salió á oposición una vacante. Hizo unos ejercicios brillantísimos; pero contra lo que la mayoría de los que le escucharon pensaba, dieron la plaza á un contrincante, aunque inferior á Escolástico en sabiduría, superior en influencia.

Escolástico se quedó mohino y sin premio, renegando de su mala estrella.

Quiso después publicar un libro donde se preceptuara algo de lo mucho que había aprendido y le habían sugerido sus largas y constantes meditaciones. Mas un libro no es lo que se figura el vulgo. El lector coge entre sus manos un paquete encuadrado de papel sin peso; lo lee, lo admira y lo suelta. Esto, cuando más. Se imagina que un libro es como un mueble, como un objeto de adorno, como un cachivache recreativo. Sin embargo, ignora que un libro, material y espiritualmente considerado, supone un empleo inmenso de vida. Un libro es una empresa y un calvario. Una empresa: por los dispendios, los desembolsos, las victorias que hay que conseguir sobre las resistencias de la realidad. Un calvario: por los martirios que sufre el autor al componerlo. No obstante, Escolástico pudo al cabo de seis meses de vigiliass y sinsabores tener la satisfacción pequeñísima, por cierto, de contemplar en los escaparates su libro. Era en realidad una obra maestra.



En el extranjero y aún en España los sabios le eligieron grandemente. Pero los sabios, son pocos, poquísimos; los ignorantes son infinitos; y la ola turbia de la indiferencia cayó sepultando en un abismo al hijo del ingenio de Escolástico.

Fué para él un golpe mortal. Todos los sueños de su vida habían fracasado, convirtiéndose en humo lo que parecía iba á brillar como un sol. Renunció á todas sus esperanzas. Corrió un velo negro sobre todas sus ilusiones. Y adoptando la vida, tan cercana á la muerte, del desesperado, se le vió por todas partes ir cabizbajo, enflaquecido, con la mirada indiferente á todo, encorvado como bajo un peso inmenso, aunque invisible: el peso del desencanto. Era, en suma, un hombre muerto por dentro. La muerte exterior vendría por sí sola.

Y como un amante desdeñado por su amada, concibió un plan, inspirado por el despecho y la ira.

—¡Quemaré todos mis libros! — dijo, y lo hizo.

Todas las noches, noches de invierno, no tan frías como las de su alma, encendía la chimenea de su cuarto de soltero con volúmenes que antes habían sido su adoración y embeleso. Cuando concluyó con sus libros, empezó con sus escritos, cuartillas sueltas, donde sus ideas, una por una, como gotas de agua

de un manantial que tiene que salir desde las entrañas de la tierra, se iban estampando diariamente, para formar después un océano. El océano se trocaba en densa humareda que corría á perderse por los tejados.

Pero no se derroca tan impunemente un ídolo; al caer la estatua que se derriba, aplasta á veces al que la hace descender de su pedestal. Y eso sucedió con Escolástico. Con sus ilusiones desmoronó su vida. Una mañana le encontró muerto en su sillón la mujer que le servía. Pasó inadvertida su muerte. Nadie se acuerda hoy de su nombre. ¿Y qué fué de Valentín? Puesto que os lo he presentado como el reverso, ó más bien el anverso de la medalla simbólica que formaba con su hermano, no tengo que esforzarme en demostraros que fué feliz y poderoso. Sin otra gramática más que la parda, recorrió rápida y afortunadamente los escalones de la vida. Se dedicó á los negocios, á la política, al mundo; de un empleo, pasó á otro empleo superior. Casó con mujer rica. Tuvo amigos influyentes. Sus palabras, aunque insignificantes, con la autoridad y el grave tono con que eran pronunciadas, se escuchaban como máximas profundas. Llegó á ser, por el pronto, un grande hombre. Cuando murió, gimió la prensa con ditirámicos elogios.

Sin embargo, muchos de los que conocimos aquellos hermanos, no podíamos menos de pensar:

—No todo lo que reluce, es oro. Aquí, el oro puro y de ley, aunque obscurecido, era Escolástico; en cambio, Valentín era miserable escoria, oropel falso, aunque relumbrante.

Ilustraciones de NICANOR VÁZQUEZ.

† J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

LA DICHA

Ni un solo niño, desde los primogénitos de las familias más linajudas a las trébedas de los fecundos matrimonios menestrales, había dejado de acudir aquella tarde al paseo, bañado por un sol de invierno que arrancaba millones de diamantes al césped tapizado de escarcha. La avenida central del parque era un verdadero reboamiento de criaturas y un oleaje de blondas, cintas y pieles de todos los matices, que hacían pensar en las flores de un jardín, animadas de pronto por la vida y con una cabecita de chiquillo en cada corola. Los bancos de piedra desaparecían bajo trenzas de cabelleras rubias, y rachas de risas ó de llantos recorrían la menuda muchedumbre, quedándose vibrando en el aire con un eco de ternura. En la total longitud de la calle de árboles, brotaba de remolino en remolino de caritas de rosa un ceceo fresco como de glugús de caño de fuente, apagado á veces por el charlar de las madres que asistían con completa unanimidad á la cita.

Porque bastaba ver el engalanamiento de las criaturas, presas entre blondas y sedas las de padres opulentos, con sus ropitas humildes de domingo las nacidas á la sombra de un taller, miserables las del arroyo, y todas sin cesar retocadas por sus madres, cuidadosas de que el tocado no se descompusiera, para comprender que allí se aguardaba algo solemne y trascendental de que los niños iban á ser los protagonistas, lo mismo los de pecho, dormiditos en sus envolturas de gasas, que los de seis y siete años, inquietos é impacientes, con sus ojillos parpadeantes como luceros de anochecer clavados en el horizonte. Todo el mundo miraba con ansia hacia arriba. Lo que se esperaba iba á descender del cielo.

Y del cielo descendería lo que anheladamente se aguardaba: la dicha, que en su alado viaje sin término por el mundo, condenada á pasar junto á tantos sedientos, llevando consigo el ánfora de la felicidad y á dejar caer en el alma de tan pocos una sola gota, tiene el privilegio de bajar cada primerito de año á la tierra, y regalar la ventura suprema, la que dura toda la vida, al niño que ella escoja. Los azares de su errabundez habían llevado allí á la diosa, al entrar Enero; el divino dón le tocaba por rara fortuna á la ciudad.

¿Cómo se supo la visita? ¿Qué ángel de la guarda se enteró de la noticia y la transmitió á los demás, al encontrarse por esos aires?

Ello es que la nueva voló de hogar en hogar y de cuna en cuna, y allí estaban en el paseo con sus hijos, ataviados con sus mejores galas, todas las madres de la población, muy convencida cada una, aunque sin aparentarlo, de que si la diosa concedía la felicidad al más lindo niño, por ese derecho á la adoración que tiene la infancia hermosa, no podría dejar de ser el suyo el preferido. Y venga á componer puntillas y á arreglar lazos, recitando á la vez este monólogo sin palabras que la mujer aprende en cuanto concibe.

La diosa se retrasaba. Sin duda las flaquezas humanas suben hasta allá arriba. Por aquí abajo crecía la impaciencia. La esperanza de ser feliz robó siempre la serenidad.

De pronto proyectóse en el espacio una silueta de mujer, perdida entre amplios velos flotantes que se disfumaban en el aire y que fué descendiendo definiéndose la figura á medida que se acercaba á la tierra. Un clamoreo unánime, de grandes y chicos, recibió á la aérea aparición y los corazones de todas las madres comenzaron á latir más deprisa. La diosa puso al fin sus pies en el suelo.

Era alta, derecha, cimbreante, muy esbelta y garbada, con algo de lirio en la figura, que parecía seguir flotando, como si en vez de andar volara al ras del suelo con algunas alas ocultas. Bajo la amplia túnica de espesa gasa



que le caía hasta arrastrar por la arena, acusábase un cuerpo tan delgado y fino, que se presentía que aquella mujer no estaba hecha para transitar por la tierra y que con frecuente facilidad se elevaría en el espacio, como un poco de humo. Llevaba el pelo, rubio de espigas, tendido por la espalda y sujeto por una diadema de estrellas, pálidas en el resplandor de la tarde. Cuanto al rostro, de la tonalidad del marfil antiguo, era dulce en la expresión, suave en la sonrisa, puro en las líneas, bañado todo por una patina melancólica que quizás resbalaba como una sombra de los ojos llenos de tristeza. Justificaba bien su nombre de cosa fugitiva, perecedera, imposible... La dicha.

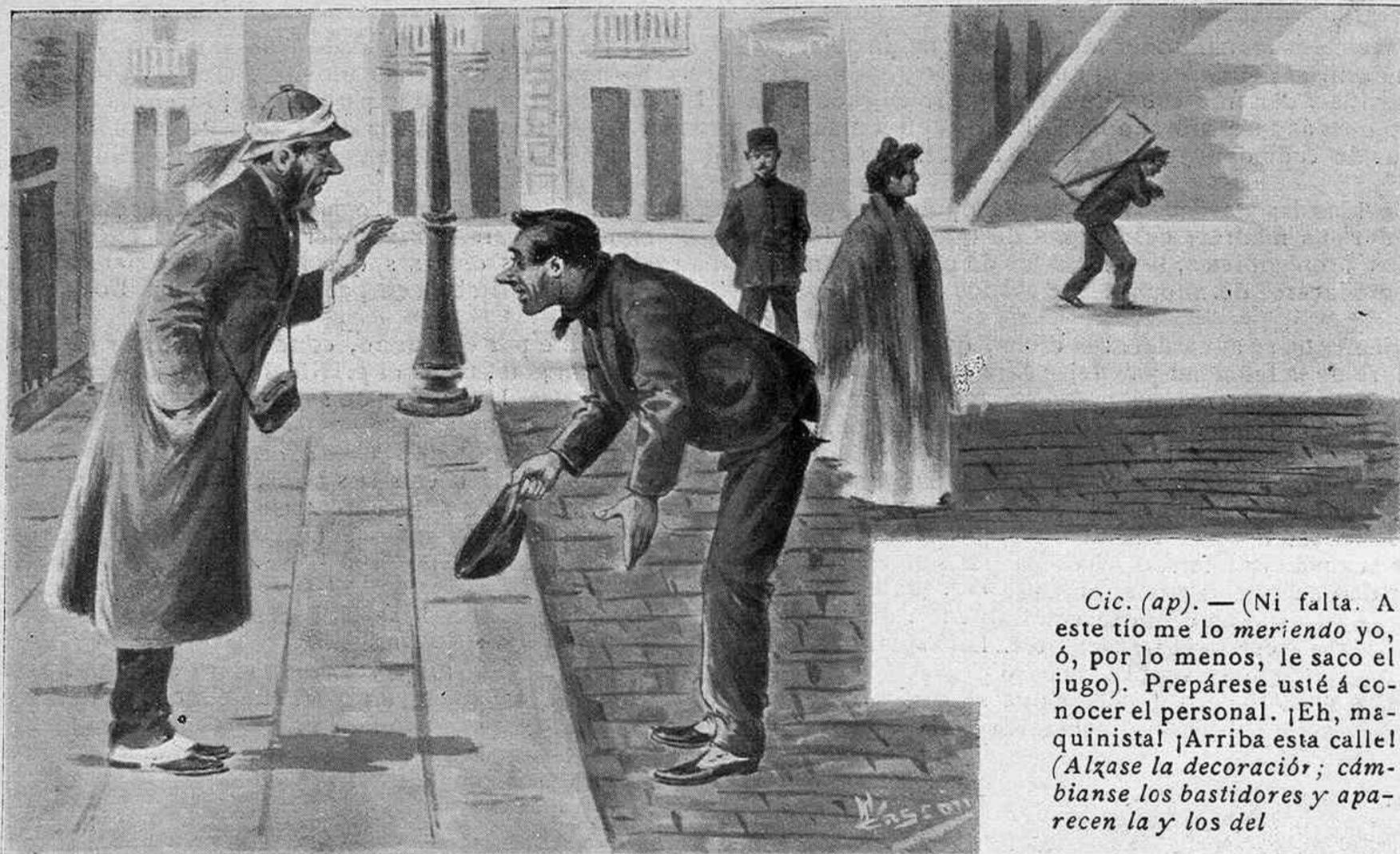
Tendidas las manos, en actitud angusta, pausada y grave se adelantó la diosa por la avenida central, con su andar de fantasma. Ante ella se abría calle, y tal era la fuerza de su poder, que con sólo pasar difundía el regocijo y llenaba el alma de ventura haciendo sonreír, ventura de un instante, efluvio que dejaba tras de sí la felicidad y que se desvanecía en el acto, pero al cabo un momento de dicha.

Al principio las madres aguardaron con prudencia á que la deidad eligiese, pero ésta se detenía vacilante, acaso iba á decidirse, un calofrío de terror recorriendo los remansos de mujeres y niños, y luego seguía dulce pero impávida. Las madres perdieron la paciencia y la timidez y comenzaron á ofrecer sus hijos á la diosa. ¡El mío es el más lindo! ¡El mío es el más hermoso! ¡El mío es una rosa! ¡El mío es un querubín! ¡El mío es un ángel! ¡No hay ninguno como el mío! ¡Haga usted feliz al mío! ¡Al mío! ¡Al mío! Y gritando todas á un tiempo, cortaban la marcha á la diosa deteniéndola, tirándole de la túnica, poniéndosela delante, mostrándole, en efecto, una serie de criaturas á cual más gentiles, verdaderamente celestes y seráficas. De pronto la dicha se detuvo, tendió los brazos, cogió á un niño y atrayéndolo á sí le dió un beso purísimo y tierno, diciéndole con acento acariciador:

—Tú serás el dichoso!

Cuantas madres se hallaban cerca, quedáronse atónitas. La diosa había concedido el supremo don á cualquiera á una pobre criatura de unos tres años, raquítica y negra, un verdadero monstruo de fealdad, teniendo á su alcance tanto niño sonrosado y puro, lleno de la atracción de la belleza. La misma madre de la agraciada dudaba de su buena suerte, llorando de emoción. ¡Parecía imposible que toda una hada hubiera hecho una elección semejante! Re- puestas de su sorpresa las mujeres, revolviéronse iracundas y empujadas por la envidia perdieron el respeto á la deidad empezando á increparla. ¡Eso era una burla! ¡Rodeándola una muchedumbre infantil de lo más hermoso que seguramente vió nunca, rebosante de vida, irse á fijar en aquella chiquela deforme! ¡No tenía ojos en la cara? ¡De nada valía ya el encanto de la niñez linda? Una sonrisa de resignación resplandeció en los labios del hada, bajo la violencia de aquella brutal acometida, no la primera ni la única de su eterno viaje. Levantó de nuevo los brazos en actitud de súplica. Quizás iba á rectificar su fallo. Las madres guardaron silencio. Con voz dulce y melancólica, en la que latía la piedad por la injusticia humana y ¡al fin era la dicha! contenta de haber dado su beso de amor, exclamó entonces la diosa cruzando las manos: — ¡Soy ciega!

ALFONSO PÉREZ NIEVA



Cic. (ap). — (Ni falta. A este tío me lo meriendo yo, ó, por lo menos, le saco el jugo). Prepárese usted á conocer el personal. ¡Eh, maquinista! ¡Arriba esta calle! (Alzase la decoración; cambianse los bastidores y aparecen la y los del

CUADRO SEGUNDO

ANTROPOFAGISMO

REVISTA COMESTIBLE EN UN ACTO
Y TRES CUADROS, EN UN MISMO MARCO

CUADRO I

Escena única.

(El inglés de siempre y el eterno cicerone. La escena figura una calle. El inglés y el otro, que es un chulapón, se encuentran y se tropiezan.)

Inglés.—Osté perdonar.

Cicerone.—No hay de qué. En este país estamos muy acostumbrados á los tropezones.

Ing.—¡Ah! ¿Osté ser de este país? Mí alegrarme; ¡oh, yes!

Cic.—Oigo. ¿Es que se había creído usted que yo era del Limbo?

Ing.—Excusar osté mi curiosidad, pero yo desear conocer las personas de aquí.

Cic.—Pues, mister, estoy á la disposición de usted. No tengo nada que hacer, y le enseñaré cuanto desee. (*Hace una gran reverencia y comienza por enseñar dos enormes remiendos de su pantalón.*)

Ing.—Dicen que éste ser el gran país.

Cic.—Y está bien dicho eso. Esta es la gran *Isla Bucólica*, donde todos los personajes son comestibles.

Ing.—Ser, entonces, ostedes antropófagos?

Cic.—¡Quiá! Lo que semos es muy apetitosos.

Ing.—¿Pero se comerán ostedes unos á otros?

Cic.—¡Bah! No señor. Cuando más, nos comemos de mentirijillas, vamos con la mirada, ó nos quitamos la piel. ¿Quiere usted que le vaya presentando personas-manjares?

Ing.—A eso venir mí desde Escocia.

Cic.—¿Es usted de Escocia?

Ing.—Yes.

Cic.—Tal vez sea usted *bacalao*...

Ing.—Mí no entender eso.

(Magnífica plazuela por donde transitan y desfilan cuantos seres-comestibles se nombran. En honor á la brevedad suprimimos la numeración de escenas.)

Cicerone.—¡Venga de ahí! Ya verá el *mister* qué buenos bocaditos va conociendo. Se le va á hacer á usted la boca agua.

(*Pasan dos caballeros en traje de etiqueta, contando billetes de Banco.*)

Ing.—¿Qué hacer esos?

Cic.—Son los cocineros que manejan los fondos de una sociedad de crédito y van haciendo el *caldo gordo*. (*Atraviesan la escena dos golfas, regañando.*)

Golfa 1.^a—¡Tú eres una desvergonzá!

Golfa 2.^a—¡Y tú una..!

(*No se oye. Como riñen mientras andan, al llegar á lo dicho han desaparecido.*)

Cic.—No mire usted eso. Eso se tira. Son malas lenguas. ¿Ve usted aquella señorona tan gruesa y tan elegante acompañada de dos jovencillos?

Ing.—¡Olé! Ella valer.

Cic.—Ya lo creo. Como que es carne deliciosa; es una *jamona*. Los muchachos son unos *pollitos*.

(*Pasa un chiquillo llorando, porque no quiere ir á la escuela.*)

Cic.—Eso todavía no se come. Es un tierno... infante.

Ing.—¿Qué hace allí aquel hombre?

Cic.—El tonto; desprecia á aquella mujer tan hermosa que le persigue. Ese es un *atún*.

(*Entrán en escena y se detienen varios megalbetes. Coro de hombres.*)

Ing.—¿Y todos esos?

Cic.—Seguimos con los pescados. Esos que cantan á la luna son *congrios* y *percebes*, unos poetillas que no encuentran quien les edite sus ripios. Aquellas señoritas que se ríen de ellos... ¡valientes *truchas*! y los tipos que van tras ellas *piropeándolas*, son unos *peces*... En cambio vea usted la mamá de las niñas, qué ojos pone... esos son *ojos de besugo*.

(*Sale una doméstica refunfuñando.*)

—¡Ay qué Dios! ¡Cómo está el servicio! *Misté* que no haber podido *sisar* hoy más de tres riales...

Ing.—¿Qué plato ser ese?

Cic.—No es plato; es un desperdicio. Eso es... una *raspa*. Y ese vejete cojitranco que la hace guiños y la persigue... desperdicio también; un *ojo de gallo*.

Ing.—¿Y aquella mujer que los mira de soslayo?

Cic.—Cosa de poca substancia. Un *rábo*. ¿No observa usted que mira disimuladamente, con el *rabillo* del ojo?

(*Salen corriendo una chulapa y un chulapón. Ella, llora; él le da guantadas, según costumbre.*)

Ing.—¡Eh! ¿Qué es eso?

Cic.—Un plato fuerte. El se lo regala á ella.

Ing.—¿Qué plato?

Cic.—*Chuletas*. ¿Qué quíe usted que dé un chulo, sino *chuletas*? Pa que aun sea más fuerte el plato mire usted lo que va á caer sobre él. *Guindillas*. Aquí llamamos *guindiyas* á los del orden. Esos no pueén faltar en ninguna revista. ¿Está usted?

Ing.—¡Oh! yes.

Cic.—Sí, hombre; oigo siempre. ¿Ve usted aquel señor condecorao que va con la cabeza erguida y mira altanero? Pues él sólo es un almuerzo. Como que se llama *Cordero* y se va dando *pisto*.

Ing.—Todo ser suculento, pero... mí figurarme que resultará soso, por no estar condimentado.

Cic.—¡Ay, qué gracial! Mire usted eso que sale y dígame si no sobrarán sal y especias.

(*Preséntanse las tres consabidas mozas de rompe y*



rasga, y guiñando mucho los ojos y moviendo excesivamente el cuerpo, se salen de

tono con la modestia á que desde tan antiguo nos tienen acostumbrados, cantando:

Moza 1.^a—Mis ojos son pimienta

Idem. 2.^a—Mi cuerpecito es sal,

Idem. 3.^a—Y yo soy la mostaza.

Ing. (impaciente).—¿Vámonos ya á cenar?



Cic. (reteniéndole).—Aguárdese usted, hombre, una miajita, que va usted á ver los postres. Ya yegan.

(*Transita un cesante chupándose los dedos.*)

Cic.—¿Ve usted? To eso son ya golosinas. Ese se chupa... las *yemas*. Pero pa cosa dulce lo que se ve allá. ¡Qué pelo el de aquella rubial! Eso es *cabello de ángel*. ¿Pues y la morena que le acompaña, su hermanita? ¿Ha visto usted en su vida cosa más dulce que su cara? El padre de ellas, con más ojos que Argos, es el *queso de Gruyère*; el señor que habla con él, enormemente grueso, es el *queso de bola* y aquel siememesino que sigue á las niñas... un *melón*.

Ing.—¡Oh! Superior todo, excelente. Mí estar satisfecho de ver manjares y tener un hambre atroz.

Cic.—Pues pasemos al *res'aurant*.

APOTEOSIS

La escena representa una elegante mesa perfectamente servida y alumbrada con vistosa batería de luces de colores. Hermosísimas coristas perfectamente formadas, salen, como Venus, de unas ostras que se van abriendo paulatinamente. Preciosas facciones de mujer, narices, ojos, labios, sirven de aperitivos en delicados platillos de cristal de Bohemia. Algunas jóvenes, servidas en hondas cacerolas de plata, agitan las alas, como queriendo escapar de aquéllas. Multitud de bailarinas con tenedores, cucharas, trinchantes y cuchillos de oro, rodean la mesa sin cesar de correr.

Inglés.—Ser esto bellissimo é incitante. Pero ¿y mi cicerone?

Cicerone. (*Desde lejos y guardándose una cartera*).—La del humo, mister. Yo me he comido tus libras y no tengo apetito. Ahí te quedas; que te aproveche too eso, que bien caro te sale, y... ¡que te cayes, inglés!

Ing.—Soy el único comensal y aquí hay comida para todos. (*Dirigiéndose al público*). ¿Ustedes gustan?

(*Telón lento*).

JULIO VÍCTOR TOMEY

Ilustraciones de T. GASCÓN.



Dibujo de R. COSTA.

DOLOROSA

Fué una tarde...
 ¡hace de esto muchos años...!
 Una tarde inolvidable,
 llena de un lánguido sol,
 que en su adiós postrar al mundo
 majestuoso se ponía
 en la astral melancolía de extra-terrestre arrebol...
 á mi lado de repente,
 casta, púdica y sonriente
 como una estrella pasó,
 envolviéndome en el aurora de un sutil y raro en-
 tanto, [canto,
 que jamás podré olvidarla,
 y anhelando nunca verla
 para más aborrecerla,
 no me queda, de llorarla,
 ni el consuelo
 ni el dolor.

Y le dije: «¡Dios te salve!
 Tú, la reina de mis sueños,
 tú, la misteriosa fada,
 tú, la inmaculada flor!»

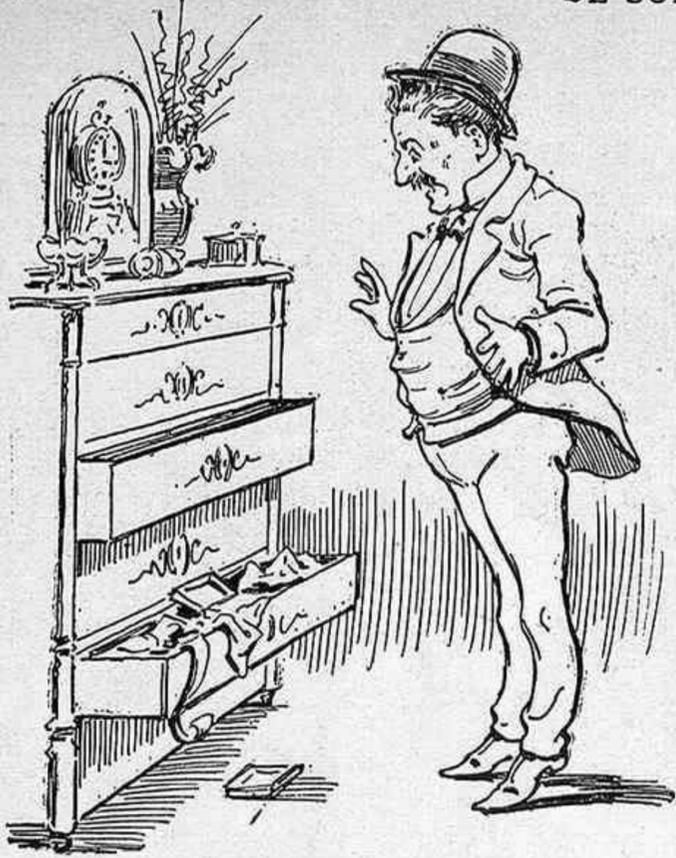
Posó en mí los grandes ojos,
 ojos llenos de inocencia, sin asomos de recelo;
 ni sonrojos,
 cual si fuera de otra esencia y de otro mundo mejor;
 y con un gesto inefable de candor y de misterio,
 entreabrió sus labios rojos
 enigmática sonrisa,

que en el nácar de sus dientes y en la rosa ensangren-
 [tada
 de su boca inmaculada, un segundo centelleó,
 como breve
 rayo leve
 de luz pura que aletea sobre el ampo de la nieve,
 ó en las perlas
 de un estuche,
 de peluche
 tinto en sangre de paloma, de vampiro ó de león...
 Y le amé... Fué la ilusoria
 encarnación de un ensueño;
 una infortunada historia
 hecha de un poco de sueño,
 que en el viaje de la vida muchos llevan escondida,
 cual perla negra prendida
 en los repliegues del alma...

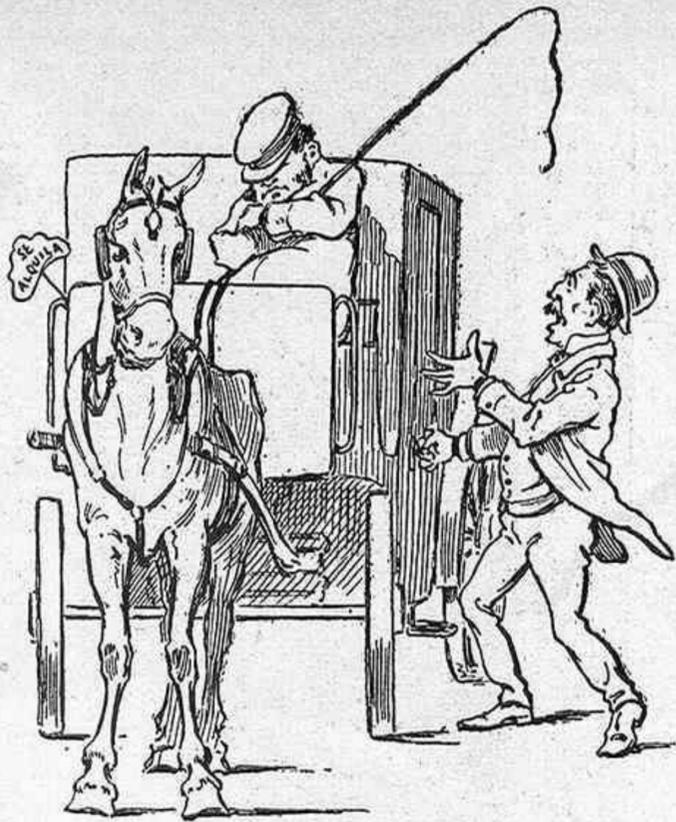
Fué en su traicionera calma, pérfida como la ola,
 vivo emblema de la muerte, que acecha, sorprende é
 la más hermosa existencia [inmola
 y aún la flor de la inocencia
 en la gala del vivir...

Y tras la trágica ciencia
 que lleva, del desencanto,
 ya á la impotencia del llanto,
 ya al crimen, ya á la demencia
 de matar ó de morir;
 tornó á brillar como antes en esos labios tan rojos
 la enigmática sonrisa,
 como breve
 rayo leve
 de luz pura que aletea sobre una rosa de nieve
 tinta en sangre de rubí;
 y, sin recelo y sonrojos,
 posó en mí los grandes ojos,
 ojos llenos de misterio, de candor y de inocencia,
 ojos que para no amarlos
 fuera mejor nunca verlos,
 porque aquel que osó mirarlos
 podrá al fin aborrecerlos,
 pero jamás olvidarlos.

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA
 Barranquilla (Colombia).



1.—¿Qué es esto? Todo en desorden. Faltan las pulseras de mi esposa, su aderezo y... ¡Me han robado!



2.—Y sin más esperar toma un coche, para poner el robo en conocimiento del Gobernador.



3.—El celoso jefe de la provincia, despacha á sus no menos celosos sabuesos, con una lista exacta de las alhajas perdidas.



4.—Lo cual da lugar á minuciosos registros.



5.—¡Esa señora lleva las prendas que buscamos. ¡A ella!



6.—Aquí está la delincuente... —¡Mi esposa!
Fot.-Tip.-Lit. del «Album Salón».

M. Navarrete



LA TRIBUNA
ROMA

ANNO L. 18 - SEI MESI L. 10 - TRE MESI L. 5

CON LA **TRIBUNA ILLUSTRATA**
ANNO L. 20 - SEI MESI L. 11 - TRE MESI L. 6.

TRIBUNA ILLUSTRATA L. 5 ANNE

PREMI  GRATVITI E SEMIGRATVITI
A TUTTI GLI ABBONATI

PREMI DI L. **50** A L. **5000** DA SORTEGGIARSI
PER OGNI **CENTO ABBONATI** ANNI

OFF. G. RICORDI & C. MILANO.